

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montolls y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena en tres 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Viernes 23 de Junio.

El Eco de Cartagena

Aparicion de la Virgen del Pilar de Zaragoza.

En los primeros dias del mes de Octubre de 1872 hallábame con mi familia en Zaragoza, á donde habia ido para asistir á la inauguracion del templo interiormente restaurado de Nuestra Señora del Pilar. Habitaba á la sazón en mi ciudad natal un antiguo condiscipulo con quien me unieron desde la adolescencia hasta que murió, ha ya dos años, los lazos de la mas estrecha amistad. Una tarde de aquel mes salimos á dar un paseo camino de Torrero, así llamado por las torres ó casas de campo que tienen á los lados, y naturalmente la conversacion rodó sobre el templo restaurado. Antes de aquella época habiamos hablado de las dos catedrales de nuestra ciudad, la una gótico bizantina, titulada La Seo, palabra lemosina que significa sede ó silla; greco romana del renacimiento la otra, denominada del Pilar, y nunca olvidaré el juicio que ambas merecian á mi amigo. «En el Pilar, decia, entro en una iglesia, en la Seo en un templo, con lo cual queria decir que para él la catedral gótico bizantina con sus ahumadas paredes y su austera semi-oscuridad era el sitio de la oracion y del recogimiento, mientras que la alegre greco romana con su magnificencia, su gracia y elegancia le parecía el lugar donde se congregaban los fieles para asistir á su magestuoso culto.

Sinceros católicos los dos creiamos como tales todo lo que la iglesia manda creer, pero esto no quitaba que muchas veces discutiéramos para explicarnos los mas reconditos arcanos religiosos. Los milagros, la trinidad, la prescencia divina habian sido el objeto de nues-

tros temas, y siempre recuerdo la explicacion, que tomada de un alemán me daba sobre la última. Figurate, me decia, que yo voy por la calle, y llego a un punto á donde convergen dos ó tres, tu estas en un balcon y ves lo que yo escojo de mi libre voluntad. Dios vé desde la eternidad todas las acciones libres de los hombres sin influir en ellas.

La tarde aquella de nuestro paseo era deliciosa, un suave viento N. O. refrescaba la atmósfera, y el sol al desaparecer del horizonte arrojaba torrentes de dorados reflejos, dando á la frondosa campiña un aspecto encantador. Llegamos á la gran plaza de Torrero, dirigimos una simpática mirada á la bella iglesia del renacimiento, que ostenta en su interior una esbelta rotunda, y torciendo á nuestra derecha tomamos el camino de la orilla del canal imperial, pasando por el espacioso arco de su atrevido puente.

—¿Como te explicas, me preguntaba mi amigo, la aparicion de la Virgen del Pilar á Santiago? Yo tengo formada mi idea, pero deseo oír la tuya.

—Me vas á tratar de soñador, le contesté; pero yo no debo ocultarte nada, si bien tengo que sentar primero ciertos antecedentes.

—Empieza, empieza.

—Tu sabes, continué diciendo, que la aparicion notuvolugar en un doce de Octubre, en cuyo dia celebramos la fiesta, sino en un dos de Enero del año 36 ó 37 de la era cristiana. Sabes tambien que en Zaragoza hace mucho frio en invierno, y que con frecuencia densas nieblas producidas por las muchas aguas de sus rios, de su canal y de sus numerosas acequias de riego se estenden por el horizonte de nuestra ciudad, agoviandola como un pesado manto de plomo y ocultando á veces por muchos dias los preciosos rayos del sol. Sabes en fin que la tristeza que infunde esta fria y densa oscuridad, se halla en cierto modo contrarrestada por un májico fenómeno, que yo no he observado en ninguna otra poblacion de España;

aludo á aquellos vapores de agua congelada que fijándose en las delgadas ramas de los árboles, los viste de un tupido follaje de colgantes cristales, que parece polvo diamantino.

—Si, si, es verdad, exclamó mi amigo.

En esto llegamos á una pequeña meseta, que domina una buena parte de la estensa campiña de Zaragoza, y contemplabamos con emocion la verde sabana formada por frescos olivos, elevados nogales, frondosos álamos y alegres frutales; á través de ella, las torres y casas de campo; y en cierta lontananza las casas y torres de las iglesias de Zaragoza. El golpe de vista que ofrece este paisaje es tan bello, tan encantador, que apenas hay forastero que vaya á visitar á nuestra ciudad y deje de ir á contemplarlo.

Sentémonos un poco en estas dos piedras, dijo mi amigo; con esto descansaremos y este seductor panorama te inspirará.

—Escucha, proseguí: los siete pobres convertidos por el apóstol Santiago vivian, según la tradición muy cerca de donde ahora está el templo del Pilar. Una noche nebulosa de Enero, el apóstol rodeado de sus humildes discípulos se hallaba en oracion, mirando al Oriente, de donde habia venido, por una ventana de la mezquina vivienda en que se reunian.—¡Es posible, diria en un instante de desaliento, dirigiendo su recuerdo á la madre de su maestro, á la que Juan, hermano de Santiago cobijaba bajo su techo, es posible, Maria, que yo que creia ser la robusta é inquebrantable columna de la fé española en vuestro hijo, no haya podido convertir á la verdadera doctrina mas que á estos siete infelices artesanos! ¡Que harán estos cuitados discípulos el dia en que yo los deje para ir á predicar la buena nueva á otras naciones!

Mi amigo me miró, se sonrió y me dijo en tono benévolo:—Continúa, te escucho.

—La Virgen Madre de Jesús, añadió, pensaria entonces á la vez en Santiago, en aquel hijo del trueno,

que tanto habia amado á su maestro, y á qui neste tanto habia distinguido. Los cariñosos recuerdos de la madre y del discípulo se cruzaron y confundieron en un éxtasis de divino amor: el apóstol vió á Maria aparecérsele sentada en brillante trono de blanca y vaporosa nube, rodeada de vivos resplandores y acompañada por hermosos ángeles, uno de los cuales sostenia la efigie de Maria sobre una columna de jaspe. Al suave calor de aquellos radiantes esplendores, las densas nieblas se disiparon como por encanto, la luna mostró su plateado disco, las estrellas su rutilante luz, los árboles sus ramas cubiertas de diamantino polvo, y el Ebro caudaloso reflejó en sus cristalinas aguas aquella celeste aparicion. Entonces el apóstol oyó los purtos y dulces acentos de la mas fresca y melodiosa voz, que le decia cariñosamente: «Ánimo, hijo mio, no desmayes; ahí tienes la columna que deseabas, y sobre ella la efigie de vuestra madre. Constrúyete ahí mismo una capilla, que los zaragozanos la adoren siempre, y mi proteccion no les faltará jamás.» Dichas estas palabras, Santiago vió dibujarse á lo lejos en el horizonte un gracioso templete de tune y méacarado vapor, figurando esbeltas columnas y elegantes estatuas, el cual se desvaneció enseguida, y con él la celestial aparicion. El apóstol volvió de su arrobamiento, recordó lo que habia visto, y oído, y saliendo de la vivienda, mostró á sus admirados discípulos la efigie de Maria sobre la jaspeada columna que todos adoraron, trasladandola á la humilde casita en que se reunian, primera capilla y primer templo de la Virgen del Pilar de Zaragoza.

Callé: mi amigo me estrechó la mano y me dijo con emocion.

—Si, esa aparicion es muy poética...y verosímil.—Vámonos que se hace tarde.

Llegamos á Zaragoza y nos despedimos hasta el siguiente dia.

MANUEL MARCO.